

El dolor de la ausencia

*Mi muerte es insignificante,
a no ser que arrastre en mi muerte
la totalidad del ser,
como lo desearía Macbeth
en el momento de su último combate.
E. Levinas*

Alberto Constante

Hubiera querido que fuera de otra forma, me hubiera gustado estar delante de Ricardo Guerra para conmemorar..., no lo sé, lo que fuera, su presencia sin más, sólo eso. Porque siempre hay que festejar la presencia, ese signo, ese pliegue en nuestra mirada que es el otro y desde el cual anudo todo lo que soy. Cuando el otro “muere” me ubico entonces en ninguna parte. Se hace el silencio. Porque la muerte es la usurpación del discurso más allá del robo de la vida. Uno corre para escapar de alguna cosa, pero se la lleva consigo. La rabia, la desesperación, todo queda en el interior del individuo.

Falta todavía un rato para que la separación se vuelva real... Es posible que no haya separación real. En cada uno de nosotros están presentes todos los seres humanos que se ha conocido en la vida. Somos el resultado de todos esos seres humanos. Todo lo que nos ha sucedido está en nuestro interior y, nosotros también en el interior de los otros. Cuando uno de ellos falta es como si se hiciera el dolor de la ausencia: el silencio. Entonces la palabra otra queda rezagada, en la inarticulación pendiente siempre ya, en esa opacidad que sólo hace más y más profundo ese silencio de ese otro que ahora atraviesa el lenguaje de lo imposible.

En su adiós a Paul de Man, Derrida señaló que todo lo que se puede decir de un amigo cuando muere es lo mismo que se podría decir mientras está vivo, y en este sentido, toda relación se inscribe en el marco de las “memorias de ultratumba”. Porque en la relación con el otro, ya sabemos, al nombrarlo con su

propio nombre, que uno de los dos va a sobrevivir y que el otro vivirá para recordarlo. Y lo recordará a partir del nombre propio: Ricardo Guerra.

Sí, hubiera querido que fuera de otra forma, que toda esta situación se hubiera tejido con otros signos en su superficie, que hubiera sido otra confabulación en donde se tramara un simulacro y se produjera ese lenguaje inaudible con el que se les habla a los muertos. Porque en el lenguaje verbal también se grafía el silencio. Así, los puntos suspensivos dejan colgado el discurso, lo suspenden. Pero el valor de estos puntos depende de la palabra que los antecede.

Tanto el silencio del lenguaje como el silencio que se introduce en la música suelen ser respiraciones que reclaman la atención. Respirar es crear el hueco en el que la atención puede desplegarse. El silencio es como un suspiro, el nombre con el que la tradición francesa del siglo XVIII designaba al silencio el valor de una negra en música. El silencio de negra es un suspiro, el de corchea medio suspiro, el de semicorchea un cuarto de suspiro...

Pero, ¿cuál es el valor de la vida, cuál el signo que la representa? El silencio se escribe, se ofrece a la escucha. En la escritura musical el silencio es figura y cada nota figurada posee su recíproca figura silenciosa, la figura de pausa. Una figura que mide el silencio. Como cada uno de los grafos que acompaña a la escritura y le da ritmo, tempo, pausa. En la vida, parece ser que esta pausa es la muerte. Y entonces sobreviene nuevamente ese silencio imposible, el dolor de ese silencio.

Nunca fui alumno de Ricardo Guerra, tampoco asistí a sus cursos que impartió en el posgrado de la Facultad, ni lo seguí en la trama de su gestión administrativa ni en los trabajos y los días de la política como director de la Facultad, como Consejero universitario, como Miembro del grupo Hiperión, o como Embajador de México en Alemania Democrática y director del Centro de Estudios Humanísticos del Estado de Morelos. Era a quien siempre veía de lejos, como se ve la distancia, como se ve la lejanía. Lo conocí cuando entré a estudiar en la Facultad.

Lo vi muchas veces en los pasillos; creo, y no pienso que sea cuestión subjetiva, que él fue de los pocos directores que se paseaban por *su* facultad, porque se le veía como sus paredes, los pasillos, el aeropuerto, los salones, la misma dirección le pertenecían por derecho propio. Todos lo conocíamos. Todos sabíamos de su presencia. Supongo que él encarnaba la imagen del poder, esa imagen de perdurabilidad de la que nacía su capacidad de encantar. Un hechizo, un encantamiento que está dentro y fuera. Así, de la misma forma como podía encarnar ese personaje, Johannes, del *Diario de un seductor* de Kierkegaard; en Ricardo Guerra el gran movimiento de la seducción siempre se ponía en juego, es decir, el juego de la seducción donde intervienen la mirada, los gestos, la sonrisa, varias actitudes para despertar el deseo de los demás.

¿Qué deseábamos de él? Su enorme inteligencia, su extraordinaria capacidad de batirse a duelo en palabras, la riqueza de su aguda y perspicaz mirada filosófica, esos dardos que se metían en el cerebro y que ardían en cualquier momento en el que uno se sentía atrapado y acorralado. No creo que fuera un cazador, no, sólo era la seducción y ésta, en Ricardo Guerra, fue un camino.

No lo conocí personalmente hasta mucho tiempo después, cuando ya había caminado un buen tramo de mi trabajo como profesor de la Facultad. Pero cuando fui estudiante siempre lo vi como se ve lo hierático de una montaña; mientras fui estudiante supe de él cientos de historias se tejían a su alrededor, historias que me parecían intentos de cercar y tocar lo extraño, ese espacio de misterio que intentaba describir su figura en la Facultad.

Su presencia fue dicha por innumerables voces. Y estas cosas dichas, en su realidad misma de cosas dichas, no son, no fueron en el caso de Ricardo Guerra, como muchas veces pensamos, un viento que pasa sin dejar huella; esas cosas dichas subsisten, y nosotros vivimos en un mundo que está todo tramado, todo entrelazado de palabras, de frases que han sido efectivamente pronunciadas, de cosas que han sido dichas, de afirmaciones, de interrogaciones, discusiones, dudas, dobleces, retrocesos que se han ido sucediendo. No podemos dissociar el

recuerdo de ese ámbito en el cual vivimos de todos los fragmentos de palabras que han habitado este mundo y lo habitan aún.

Estoy persuadido de que se le quería acotar, asir, descubrir como un jeroglífico que lo hacía un ser inauditamente presente, con esa presencia que abarcaba todo el teatro del pensamiento. Sin duda, él llenaba todo el espacio. De él, estoy convencido, somos deudores de una cierta organización del tiempo. Y ahora, ¿cuál es el lugar de nuestra responsabilidad? ¿Del orden de la memoria? La transmisión de esta heredad está atravesada por un mandato ético que nos lleva al no olvido.

La lógica de la transmisión va por otros lugares, implica diálogo con otras personas, ahí donde emerge lo espectral, del orden de lo extraordinario: Heidegger, Nietzsche, Hegel, son ahora esas genealogías que Ricardo Guerra nos legó y que en nuestra historia quedan como espectros, deudas, herederos de discursos tallados desde hace tantas edades. Seguramente que Guerra lo que hizo fue descubrir segmentos de una escritura que le produjo un enorme placer sacar de contexto y desde ahí hacer de la palabra un gesto, a veces para potenciarlos, otras, para doblarlos sobre sí, también, para explorar sus recovecos; algo así como dibujar una cartografía que ahora apenas empezamos a iluminar.

Con él siempre estuvieron de regreso los dioses dormidos, las búsquedas incesantes, las fervorosas pasiones, precisamente porque Guerra, en medio de una ideología dominante y persecutoria que se dio por años en la Facultad, permitió un espacio de metáforas, donde la verdad cristalizada se convertía en dispositivo, en alegoría. Desde ahí pude ver a Ricardo Guerra como un filósofo.

Sí, no fui su alumno, ni discípulo, sólo hasta el final; de hecho estuve por años habitando un espacio en el que prácticamente fuimos vecinos distantes. Pero tampoco fui discípulo de Heidegger y mi camino hacia este pensador fue escrito por una conferencia que le escuché a Guerra y por mi incapacidad a comprender a Heidegger. Desde ahí, desde ese intercambio silencioso de fragmentos de discursos se fueron tejiendo puentes, pequeñas pausas por las que llegamos a

dialogar al final en la forma de maestro y discípulo, justo cuando Guerra se convirtió en mi director de tesis.

Luego, su amistad, su fraternidad en tiempos en los que el dolor se asemejó a la furia de dios: en tiempos, que, como los de hoy, sólo apuntan a la ausencia, a su ausencia, esa presencia imposible, a ese diálogo interrumpido, a esa última palabra que nunca escucharemos ya. Al final, siempre al final, qué importa. Tan sólo permanece el sentimiento de ligereza, que es la muerte misma o, para decirlo con más precisión, el instante de la muerte desde entonces siempre presente.

La ausencia dura, y nos es necesario soportarla. Entonces tenemos que tocarla: transformar la distorsión del tiempo en vaivén, producir ritmo, silencio, pausa, entrar con comas y puntos para conjurar ese vacío y entonces abrir la escena del lenguaje. La ausencia se convierte en una práctica activa, en un ajetreo; en él se crea una ficción de múltiples funciones: dudas, interrogantes, anhelos, melancolías. Esta escenificación lingüística aleja la muerte del otro: aunque sea un momento muy breve, digamos, no importa, pero lo que queremos es distanciar, cubrir ese espacio infinito entre su ausencia y nuestra presencia. Tocar la ausencia es aplazar este momento, retardar tanto tiempo como sea posible el instante en que el otro podría *caer descarnadamente de la ausencia a la muerte*.

Me gustaría pensar, como Barthes, que el lenguaje es una piel. De esta forma podría frotar mi lenguaje contra el otro. Acercarlo para poder confundirlo en el entrelazamiento del habla. Esta sería sólo una estrategia para apuntar a la inteligencia que descubre que nada es directo ni literal. Y que hoy, para exorcizar la muerte, nos queda esa brevísima obra. Es en ese espacio en donde se formulan los conjuros de esa alquimia en el que el arte de la genuina lectura se trenza en la de los recorridos laberínticos y brumosos, es ahí en donde ahora se deben perseguir los significados más allá de todo significado, es ahí donde se abre el mundo de la escritura infinita y al diálogo interminable con Ricardo Guerra.

Esos núcleos fundamentales desde los que se constituye la trama esencial de una cultura articulada alrededor de lo que el mismo Guerra en su libro *Filosofía*

y fin de siglo denominó: logocentrismo, ese mecanismo de la razón, fundado en la lejanía griega, que atrincherado en una lógica de la identidad se constituyó en una gigantesca operación de reducción de toda diferencia, el trazo grueso de una ontología capaz de ofrecerse como núcleo de todo sentido, como fundamento último de hombres, mundo e historia.

Creo que ciertas maneras de morir, como decía Roland Barthes "hace(n)r de la muerte un líquido, es decir, la convierten en duración y en purificación". Sin Ricardo Guerra, este adiós es un adiós a un pensador que supo habitar la espesura de la filosofía sin perder de vista las urgencias y los reclamos del presente, en especial, aquellos provenientes del olvido de lo más importante: el acogimiento y la amistad, algo que aún tengo de él. Sí, hubiera querido que fuera de otra forma.